

## CAPITULO II

## EL MANSUR Y LOS BARMECIDAS

Los términos del problema tan brillantemente resuelto por El-Mansur en su reinado de veintinueve años (14 de Zuhidscha de 136—6 de Zuhidscha de 158=6 de junio de 754—7 de octubre de 775), estaban indicados por las propias circunstancias de la situación. Habíase hecho imposible la sujeción de los persas á los árabes y no había que pensar en la de éstos á los que hasta allí les habían estado sometidos; tratábase, pues, de llevar á una comun actividad los elementos mas moderados de ambas naciones. El desvío existente entre ellas excluía una espontánea mancomunidad, basada en juiciosa tolerancia, — la cual, por lo demás, raras veces penetra en las masas, — y no quedaba, pues, otro medio sino lo que nosotros entendemos por absolutismo ilustrado y que en lenguaje oriental se traduce por sensato despotismo. El gobierno de los omniadas estuvo muy coartado por consideraciones hácia el espíritu de independencia y por la rivalidad de las tribus sirias, pero había sido en cierto grado popular, y cayó cuando los grupos de tribus se pusieron en pugna unos contra otros. Los abasidas debían procurar que su sistema de gobierno tuviese carácter de reparador, para poderlo cimentar con alguna seguridad sobre mas anchas bases nacionales. Logróse esto, en verdad, hasta cierto punto, pero formar una nación, íntimamente unida, con semitas é indo-germanos, ofrece, aun en nuestro ilustrado siglo, como ya sabemos, mayores dificultades que las que puede tolerar la tan ponderada sana razón, que solo existe en teoría; y así los choques entre ambos elementos, en medio de la rápida debilitación de la dinastía, produjeron á la postre la disgregación. Sin embargo, cuando vino ésta habían aprendido ya tanto uno del otro, que en las nuevas formaciones de Estados cada uno de ellos tuvo asegurada la posibilidad de futuro progreso, sin violento rompimiento con su propio pasado. Concentrar y unir los partidos medios, bien dispuestos, reprimir enérgicamente y, si era posible, aniquilar por completo las aspiraciones extremas, ya religiosas, ya nacionales, fueron los sencillos rasgos fundamentales, — aunque no se destacan con toda claridad en medio de la confusión general, — de la política abasida durante los primeros cincuenta años, y sus medios: la mayor centralización posible del Estado, la propagación del Islam en una forma aceptable á los persas mas ilustrados, el desarrollo de la cultura de los árabes, y, por último, el establecimiento de un campo neutral en el cual los hijos de ambas naciones pudieran entenderse. Para realizar esto necesitaban los abasidas colaboradores persas, y los encontraron en la propia familia de los barmecidas, que por un momento pretendió rivalizar con la casa de los califas.

Los historiadores posteriores, que nos proporcionan lo principal de estos datos, escribían en una época en la cual se consideraba muy distinguido ser de origen árabe, como la familia de los califas, y de ahí que hayan fabricado para los barmecidas un árbol genealógico cuyo tronco es un hermano de Koteiba, el célebre conquistador de las tierras del Oxo. Lo cierto es que Barmak, descendiente de una antigua familia de sacerdotes de Balh, era el padre de Jalid, cuyo hijo Yahya y sus cuatro nietos, hijos de este último, Schaafar, Fadl, Muza y Mohammed, dirigieron, casi ilimitadamente, durante una serie de años la administración del imperio bajo el califato de Harun (170-193=786-809), mientras que otros individuos de la misma familia, como los hermanos de Jalid, Hasan y Suleiman, y su segundo hijo Mohammed ejercieron también regular influjo en puestos menos

importantes. Jalid, como uno de los personajes mas influyentes entre los discípulos de Abu Muslim, había sido llamado, después de la victoria de los abasidas y de la muerte de Abu Sálama, á ocupar el puesto de consejero íntimo de Saffah, y había desempeñado asimismo, casi sin interrupción, importantes cargos en tiempo de El-Mansur. Yahya obtuvo en el reinado de Mahdi (158-169=775-785) el elevado y confidencial puesto de preceptor de Harun, hijo predilecto del califa, y él fué quien aliado con la madre, Jeisuran, proporcionó el califato á su discípulo. El hecho de que una misma familia haya desempeñado durante mas de cincuenta años elevados é influyentes cargos en el servicio del Estado y en la corte de una familia soberana, es el único, que sepamos, de que hay ejemplo en todo el Oriente, y á buen seguro es bastante raro también en otras partes. Esto prueba que los barmecidas eran ante todo excelentes artesanos, pero, al propio tiempo, también hombres de talento y empleados capaces; de todos modos, debía inspirar general confianza en el pueblo persa ver á representantes de su propia nacionalidad junto al trono de la dinastía extranjera velando por los mas altos intereses del imperio. Ahora bien, si encontramos en la organización dada al Estado por El-Mansur los principios fundamentales de la antigua constitución persa y es además cierta la preponderancia de los hijos de Barmak en tiempos de Mahdi y Harun, podemos sin exageración alguna adjudicar á esta notable familia el mérito de haber contribuido con su influencia á promover el breve florecimiento del califato abasida, que fué de importancia tan duradera para todo el Asia Anterior. No pretendemos con esto atribuir directamente á Jalid las disposiciones que en su época reglamentaron la administración y siguieron siendo observadas luego durante siglos, era El-Mansur demasiado déspota para consentir que sus decretos fueran dictados por otros; pero tenemos motivo para considerar como probable que este último, con sus grandes cualidades de hombre de Estado, supo asimilar los conocimientos que poseían el barmecida y sus compatriotas de los antiguos principios de gobierno persa.

Según indicamos anteriormente, ya los omniadas habían sentido la necesidad de remediar en parte los males de las grandes distancias entre las provincias fronterizas y la capital del vasto imperio estableciendo un servicio de correos, copiado del que había existido en tiempo de los antiguos persas. La reorganización de este servicio y su posible perfeccionamiento fué uno de los primeros cuidados de El-Mansur. Pero, para que respondiera verdaderamente á su objeto, era indispensable que la transmisión de las noticias políticas desde las provincias á la capital no dependiese en manera alguna de la buena voluntad de los lugartenientes ni de sus subalternos; quedaron, pues, fuera de la dependencia de las autoridades locales los jefes del servicio de correos y subordinados directamente al gobierno central, que les hacía responsables de la puntualidad y perfecta exactitud de sus noticias, convirtiéndolos así en temidos celadores, indispensables para la seguridad del Estado, que vigilaban el modo de ejercer sus funciones aquellos altos dignatarios. Para estar constantemente bien informados de todo lo que ocurría era natural que los jefes de aquel servicio se proporcionasen confidentes, y estos elementos representaban la tan activa como eficaz policía secreta, sin la cual no puede existir un Estado gobernado despóticamente menos que cualquier otro. Mucho tiempo después del verdadero apogeo del califato debieron todavía seguir formando estos hombres de confianza una clase de funcionarios celosos y leales, pues vemos que en el año 207 (822) el jefe de la administración de correos en Merw, capital del Corasan, se

atrevió á enviar el mismo día en que el lugarteniente Tahir, que gobernaba su provincia sin traba alguna, se declaró independiente, un correo á Bagdad con la noticia de esta revolución, lo cual sin duda le habría costado la vida si al día siguiente el poderoso rebelde no hubiese fallecido de muerte repentina. Al mismo fin de robustecer la acción de las autoridades centrales obedeció el servicio de seguridad, iniciado por El-Mansur y completado por Mahdi, en el camino de la peregrinación á la Meca, estableciendo en él una serie de puestos de guardia y pequeños fuertes. Así se protegió á las caravanas de peregrinos contra el pillaje de los beduinos, á los cuales siempre fué difícil mantener en orden en la poco transitada Arabia y que entonces, después de la caída de la grandeza damascena, es posible que recibieran considerable refuerzo de las tribus sirias, rápidamente venidas á menos. Pero mayor importancia tenía todavía el que de esta manera se mantuviese expedita la comunicación entre la capital y los santos lugares, de los cuales era tanto mas necesario para los abasidas poder disponer incondicionalmente cuanto que estaban obligados á fiar su apoyo en los piadosos irakeses y no en los sirios, indiferentes en materia religiosa.

En la reorganización de la hacienda podemos también atribuir influencia directa á Jalid, pues que había estado al frente de ella en tiempo de El-Mansur. Por desgracia, no tenemos noticias detalladas sobre el particular; nos consta, sin embargo, que se establecieron varias oficinas en la capital en las cuales se llevaba cuenta mas exacta que hasta allí de los ingresos y de los gastos, que no dependían exclusivamente de las autoridades provinciales. A la descentralización de la administración política, personificada en los lugartenientes, no se pudo ni se pretendió tocar, porque era imposible abarcar toda la administración en sus detalles desde la capital; mas para hacer efectiva cuanto posible la fiscalización, se creó en el reinado de Mahdi, ó sea por Yahya Ibn Jalid, un tribunal superior de cuentas con este especial objeto.

No hay medio mas eficaz para robustecer el gobierno de un poderoso Estado y aumentar su influencia que el fomento del bienestar general, unido al esfuerzo para establecer la buena armonía entre las varias clases de la población. No se extrañará que apuntemos concepto tan trivial si se considera que precisamente lo que á la fría razón parece mas elemental es en la realidad, y sobre todo en el Oriente, á lo que se suele atender menos. No hemos de regatear, pues, el mérito del régimen de la primera época abasida por sus esfuerzos en este sentido, por mas que obedecieran en primer término al propósito de aumentar los medios del pueblo para satisfacer mayores impuestos y al de mantener el orden material. Fué objeto preferente de la administración el territorio que por su situación central, su riqueza y el antagonismo de sus habitantes contra la dinastía derrocada estaba marcado para ser la residencia y el principal apoyo del nuevo gobierno: el Irak. Este país, lo mismo que el Egipto, debía su fertilidad al aprovechamiento de las abundantes aguas del Eufrates y del Tigris, las cuales desde los tiempos de la antigua Babilonia eran conducidas por todas aquellas tierras mediante un gran sistema de canalización. Durante las guerras civiles de la última época sasánida se habían destruido en varios puntos los canales y diques, y mucho de lo que antes había sido tierra de cultivo á la sazón estaba convertido en pantanos y arenas. Como hemos indicado anteriormente, ya en tiempos de los omniadas se había hecho algo para desecar y sanear aquellos terrenos; pero bajo la dominación abasida se emprendieron las obras en mayor escala, y haciendo, al propio tiempo, del

jaradsch un impuesto sobre los productos, se procuró en lo posible que la tributación gravara por igual á todos. Cierta que la tasa, — la mitad, y luego dos quintos del producto, — siguió siendo demasiado elevada; pero, de todos modos, se atenuaron considerablemente los efectos del incómodo sistema árabe, aumentando el bienestar de la población y la cifra de los ingresos, que lograron otra vez alcanzar en el Irak, durante algun tiempo, la suma de cien y mas millones de dirhems, y que solo empezaron de nuevo á disminuir, si bien entonces con extraordinaria rapidez, bajo la influencia de las guerras civiles que vinieron después.

El-Mansur procuró cimentar por igual su poder en los elementos árabes y persas que le eran adictos. De los primeros, los yemenitas habían ayudado á los abasidas á ganar el califato; pero también muchos árabes del Norte hicieron pronto las paces con el gobierno, y muy particularmente los residentes en Basora. Así, las fuerzas del ejército que se hallaban en el Irak, á la inmediata disposición del califa, se componían de ambos grupos árabes y de los contingentes persas, que, ocupando distintos cuarteles, podían mantenerse mutuamente en jaque, si por acaso uno de los tres elementos manifestaba disposiciones á sublevarse; de este modo crearía también su jefe tener mejor asegurada igual obediencia por parte de todos. En cambio, esta organización contribuyó á excitar el antagonismo nacional de tal manera que tuvo funestas consecuencias en tiempos de gobernantes menos enérgicos, y cuyos efectos procuró atenuar, con bastante éxito, en otros territorios la política previsora de El-Mansur y los barmecidas. Con igual objeto se fué robusteciendo y fomentando la comun fe islamita, se procuró la comunicación de conocimientos y aptitudes, se fueron asimilando usos y costumbres y se protegieron el comercio, el tráfico y la industria, para todo lo cual el Irak, que pronto alcanzó prosperidad y bienandanza, ofreció el mas propicio campo durante una no interrumpida paz de cincuenta años. Cierta que esta paz estaba limitada á la provincia central, fuera de la cual no se gozaba en el resto del imperio el orden relativo de los mejores tiempos de los omniadas; pero precisamente Basora, Kufa y poco después Bagdad, y en particular la corte de los abasidas, eran los puntos en que se podía cumplir todo este desenvolvimiento de manera fructífera.

Si bien á Hadschadsch corresponde el mérito de que en Basora y Kufa pudieran desarrollarse libremente los comienzos de la ciencia islamita, tiene El-Mansur el de haber contribuido por todos los medios, á pesar de su reconocida parsimonia, á que alcanzara esta ciencia el grado de florecimiento en que tan rápidos progresos hizo entonces. Es imposible verter el Corán á otros idiomas respetando su forma y estilo, y se considera además como una impiedad, porque la peculiar teoría de la inspiración de Mahoma condena como pecado la mas leve alteración del primitivo texto literal. Por lo mismo, el árabe debió ser la lengua no solo de los teólogos sino también, por lo pronto, de los jurisperitos, continuando, al propio tiempo, como la oficial del califato y constituyendo su estudio la primera condición para un próspero comercio de ideas entre ambos pueblos, así como para el desenvolvimiento de las ciencias en general. En tiempo de El-Mansur florecieron los verdaderos fundadores de la filología árabe: el persa Sibawaih y el árabe Khalid en Basora, y El-Kisa'i, también de origen árabe, en Kufa. Cuán apreciadas eran las obras de estos hombres lo demuestra el nombramiento del último para maestro de los hijos de Mahdi, haciendo aun mas honrosa esta distinción la piadosa veneración del discípulo hácia su maestro, que constituye uno de los mas bellos rasgos del carácter oriental. En esta época el filólogo Asma'i se dedicó á coleccionar y explicar, así en su

forma como en su fondo, los cantos y las leyendas de los antiguos tiempos heroicos árabes, mientras que Khalef El-Ahmar se penetraba de tal modo de su espíritu que sus imitaciones podían tomarse por originales. Al propio tiempo que los escritos de estos hombres empezaban a familiarizar al persa ilustrado con el genio peculiar del árabe, el persa Rozbih, generalmente conocido por su sobrenombre árabe de Ibn El-Mokaffa, con su traducción del Modelo de los Príncipes, «Kalila y Dimna» (1), que de la India había sido introducido en la Persia, iniciaba la rica literatura de cuentos maravillosos, que en tiempos posteriores tuvo su remate en la colección de las «Mil y una Noches», y cuyas ingeniosas narraciones han sido la delicia del Occidente durante toda la Edad media hasta hoy, como que desde las Cruzadas no hay un solo libro europeo de cuentos ó novelas, desde Ariosto y Bocaccio hasta los hermanos Grimm, que carezca de un atractivo semejante. El mismo Ibn El-Mokaffa vertió también al árabe el antiguo Libro de los Reyes (*Schahnameh*), que contenía las leyendas de los príncipes y héroes del Irak y fué después la base de la grandiosa epopeya de Firdusi (2). Al mismo tiempo el ingenio y la finura persas se introdujeron en la poesía árabe, en cuyas producciones se apreciaba cada vez más la graciosa elegancia, la flexibilidad cortesana y la delicada sátira, en vez de la virulencia, la terca altivez y el sangriento epigrama. En los cantares báquicos y amorosos procura distinguirse Abu Nowas, el poeta de la corte de Harun. Mas el discreto, á menudo sobrado ligero, de poetas y narradores no era para El-Mansur el fruto más preciado de los trabajos eruditos y de los esfuerzos intelectuales, sino el de los estudios teológico-históricos y jurídicos, que también en su califato lograron un primer resultado satisfactorio. Aunque no podemos conceder verdadera religiosidad al desalmado soberano, hemos de reconocer que tanto él como sus sucesores supieron cubrirse hábilmente con su apariencia para conseguir fines terrenales, diferenciándose en esto también de los omniadas, en cuyo corazón raras veces anidaron ideas de asesinato.

Todos los abasidas cumplían religiosamente el deber de ir en peregrinación á la Meca y sabían asimismo aparentar en su corte, ante el pueblo, grande austeridad; pero las discretas paredes del palacio presenciaron á menudo escenas como no ocurrieron más escandalosas en tiempos de los disolutos califas damascenos: hipocresía de carácter verdaderamente persa, como que el propio Yahya, el sesudo visir de Harun, escribía á su hijo Fadl, que se entregaba á los placeres con muy poca circunspección, estos versos: «Empieza el día en luchar por los honores, y contén paciente la vehemencia del anhelo por la amada—hasta que se acerque la noche, que tiene velo para todo pecado.—Disipa la lóbreguez de la noche con lo que te sea más agradable, pues la noche no es más que el día del hombre prudente.—A más de uno tienes por continente que consagra sus noches á cosas muy irregulares.—La noche le cubre con su manto, aunque la pase entregado al juego ó á la voluptuosidad.—Pero el insensato que no se recata en sus placeres, se expone á que el enemigo que acecha pueda acusarle de ellos.» Como se ve, los abasidas sabían guardar oficialmente el carácter espiritual de su dignidad de imanes, y tenían sumo interés en que tanto los árabes como los persas estuviesen bien convencidos de su perfecto derecho á la obediencia de todos los

(1) En persa, *Kalilag y Damag*, derivaciones de los nombres indios *Karataka* y *Damanaka*, propios de dos chacales, que son figuras principales de la fábula india. Véase lo que dice acerca de este libro Justi, en su *Historia de la antigua Persia*, comprendida en esta colección.

(2) Véase la obra ya citada de Justi.

creyentes. Hasta allí no había echado el Islam muy hondas raíces entre los persas; y así la teología cortesana, para convertir más completamente á este pueblo, inclinado á todo género de conceptos poco ortodoxos, al propio tiempo que al misticismo, debió tener especial cuidado en apartarse más que nunca de todo extremo y adoptar cierto colorido nacional. Así se comprende que esto viniera á favorecer el desenvolvimiento de la escuela motasflica, que no se había extinguido en Basora á pesar de la oposición de los omniadas. Había nacido en los primeros años de la nueva dinastía Abu Huzeil El-Allaf, el cual, como «jeque de los Motasila», fué quien formuló en términos precisos la doctrina del libre albedrío y el concepto ideal de los atributos divinos, y preparó el triunfo pasajero de estos dogmas. Fué de suma ventaja para estas especulaciones el que ya en tiempos de El-Mansur se diera principio á la traducción al árabe de los escritos de los filósofos y naturalistas griegos, traducción á su vez del sirio, al cual ya hacía mucho tiempo que se habían vertido en los conventos cristianos de la Siria y de la Mesopotamia. En este trabajo figura también Ibn El-Mokaffa con una exposición de algunos trozos de la lógica aristotélica, y el mismo Allaf parece que se valió de la dialéctica griega para poner en más de un aprieto á los ortodoxos. Tampoco quedaron éstos sin recompensa por la continuación de sus trabajos de coleccionar y ordenar material para la interpretación del Corán y de la tradición: en la corte de El-Mansur pudo terminar Ibn Ischak la primera biografía del enviado de Dios y con ella iniciar la literatura histórica de los árabes. Al propio tiempo, el independiente Abu Hanifar, en Bagdad, y el ortodoxo Malik Ibn Anas, en Medina, terminaban sus célebres sistemas de derecho, que con los formados poco después por Scháfi'i (en tiempos de Harun) y por Aschmed Ibn Hambal (en el califato de Ma'amun) han servido desde entonces de norma á todos los pueblos islamitas.

Más aun que Kufa contribuyó Basora, situada en territorio persa, al comercio intelectual entre árabes y persas, que tan beneficioso debía ser para todo el Islam. No se suele ver con suficiente claridad cuán preponderante era ya entonces el elemento persa; y sin embargo, lo era hasta el punto de que desde esta época en adelante no se puede ya decir con propiedad *literatura árabe*, sino *literatura islamita en lengua árabe*. No es que los árabes cejaran en los trabajos de la inteligencia, al contrario, á la sazón empezaban á cultivarlos con verdadero ardor, sino que, especialmente en el campo de la poesía y de la gramática, así como en el de la verdadera teología, lo hacían de consuno con los persas, á quienes no debe defraudarse de su participación en esta actividad tan fructífera. Pero también Basora debía verse pronto sobrepujada por la fundación de una nueva ciudad que estaba destinada á ser el verdadero centro del comercio intelectual y de la mútua emulación de ambos pueblos. Después de la caída de los omniadas no era posible que continuase Damasco siendo la residencia de los califas; la capital de los abasidas debía estar situada en la frontera entre la Arabia y la Persia, de modo que la dinastía pudiera apoyarse por igual en los elementos adictos de ambas naciones y mantener á éstas á raya al propio tiempo. Kufa tenía demasiado carácter árabe, estando allí los persas solo representados en las clases media y baja del pueblo; necesitaba, pues, El-Mansur un nuevo centro, en el cual sus súbditos del Oriente y del Occidente pudieran considerarse con igual derecho unos que otros y participar del brillo de la nueva corte. De las muchas ideas fecundas concebidas por el primer abasida (3) quizá la más grande fué la que le sugirió la funda-

(3) O por los barmecidas, De las noticias que poseemos se des-

ción de su ciudad en las inmediaciones de la derruida capital de los sasanidas, Madain (Ctesifonte), á orillas del Tigris. Situada en el centro del granero del imperio, junto al gran río, navegable hasta muy adentro para barcos de bastante porte, y en inmediata proximidad al punto en que se cruzaban los caminos de la Siria, la Armenia, la Arabia y la Persia, poseía las mismas ventajosas condiciones que mil años antes habían hecho de la gran Babilonia la primera ciudad del mundo. Tan pronto como quedara establecida allí la residencia de un poderoso gobierno y de una corte á cuyas múltiples necesidades hubiera que proveer, aquellas mismas provechosas condiciones locales deberían atraer, cual á limaduras de hierro la aguja imantada, á millares de emprendedores mercaderes é industriales. Fundóse, en efecto, una ciudad nueva, pues la pequeña villa de mercado situada allí, en la orilla derecha del Tigris, no tenía importancia alguna, y solo debió á su nombre, de feliz presagio, *Bagdadh*, «la dada por Dios», el honor que aun hoy le tributa la historia, después de serle tributado durante siglos por sus admiradores coetáneos del Oriente y del Occidente. En el año 145 (762) se echaron los cimientos de la que ya en 149 (766) era la «ciudad de El-Mansur», como la llamó el pueblo, ó «ciudad de la salvación», nombre que le dió el mismo califa. Su plano era circular, con el palacio real y la mezquita principal en el centro, y en torno de éstos los barrios, separados unos de otros, á la manera oriental, por medio de murallas con sus puertas y provisto cada uno de ellos de un castillo ó fuerte para el comandante de la guarnición.

El propio Mansur dirigió la construcción, y se enteraba tan minuciosamente de todo, que al rendirle cuentas un empleado que había tenido á su cargo la edificación de todo un barrio, pudo descubrir en ellas un desfalte de 15 dirhems, y el hombre, que fué llevado á la cárcel, tuvo que restituir tan insignificante suma. Algun tiempo después, ya estaba descontento El-Mansur de la situación de su palacio, agradándole muy poco, dada su natural desconfianza, verse rodeado por todos lados de la numerosa población, que había crecido con asombrosa rapidez. Por eso mandó edificar, en el año 157 (774), otro palacio fuerte ó castillo en la misma orilla del Tigris, al cual se trasladó en el año siguiente, no siendo, sin embargo, muy propio que le diera el nombre de *Dar el-jold*, «casa de la Eternidad», porque semejante expresión recuerda al musulm la otra vida. Al propio tiempo fueron trasladados los mercados á los arrabales extra-muros, porque se consideró peligroso dar ocasión á los muchos mercaderes extranjeros para escudriñar la residencia del califa, y á fin de poder, asimismo, mantener en jaque á los habitantes y á la guarnición, mandó construir El-Mansur, en 151 (768), para su sucesor, Mahdi, un castillo y cuarteles para tropas en la opuesta orilla oriental del Tigris. La población que de todas partes afluyó pronto dió vida á gran número de arrabales en una y otra orilla; tres puentes de barcas facilitaban las comunicaciones, y canales navegables las establecían también en todos sentidos hasta el Eufrates y el golfo Pérsico, donde Basora, centro ya del comercio marítimo con la India, el extremo Oriente y las costas arábicas, adquiría entonces aun mayor pujanza como puerto de la capital. Por mucho que la extremásemos no es fácil que resulte exagerada nuestra idea acerca de la extensión y prosperidad de ambas ciudades, aunque carecemos de datos suficientes respecto del número de sus habitantes. Sabemos, sin embargo, que allí afluían los productos de casi todo el orbe: especias, madera de ébano para las industrias artísti-

prende que Jalid tuvo parte muy principal en la edificación de la ciudad; no está, sin embargo, demostrado que partiera de él la iniciativa.

cas, de aloe y de sándalo para perfumar, de tek del Malabar para la construcción naval, piedras preciosas, metales, materias colorantes y minerales de toda clase de la India y del archipiélago malayo; seda, porcelana de la China y el almizcle, indispensable á todo oriental distinguido; pieles y esclavos de las comarcas turcas y de la Rusia; marfil y esclavos negros del Africa oriental; todo esto era llevado allí en profusión por mercaderes y patronos de barco de sus largas y atrevidas expediciones marítimas y terrestres, abriendo al propio tiempo ventajosos mercados, hasta en la misma China, á los productos del imperio de los califas, como los dátiles, el azúcar, la cristalería, el algodón y el hierro. Mas animado era todavía el cambio que entre unas y otras provincias se hacía en la capital. El arroz, los granos, el lino y el papel de Egipto; la cristalería y los objetos de metal de la Siria; las drogas, perlas y armas de la Arabia; el azúcar del Chusistan; el hierro de Kirman y Fergana; la seda, los perfumes y los productos de la floricultura de la Persia, llegaban allí para ser en su mayor parte reexpedidos juntamente con los productos del fértil Irak. Sobre todo, los tejidos de toda clase representaban entonces, como ya en los tiempos más antiguos, el ramo de industria más extendido, más lucrativo y más perfeccionado en casi todas las comarcas del imperio. Es sabida la afición de los orientales á ropajes ricos y suntuosos, así como la costumbre engendradora por ella de premiar servicios hechos al Estado, ó más bien á la casa reinante, concediendo trajes de honor, los cuales representan,—no se puede negar que muy adecuadamente,—lo que entre nosotros las condecoraciones, y sabemos igualmente que ya entre los antiguos persas la fabricación de alfombras había alcanzado el mayor grado de perfección. La conquista árabe no había interrumpido en manera sensible estas tradiciones, y la época abasida, durante la cual los árabes se asimilaban verdaderamente la civilización persa, vino á darles nueva vida, produciendo aquella pujanza de la industria textil á la cual pagó tributo toda la Edad media, no solo del Oriente sino también del Occidente (1), con su ilimitada admiración é inmenso consumo. En esta industria tenía cada provincia su especialidad, según mejor convenían á sus condiciones de producción el algodón, el lino, la seda, la lana ó el pelo animal; pero los puntos cuyos tejidos gozaban de mayor fama fueron siempre la Persia y la misma Bagdad. Igual grado de perfección que esta industria había alcanzado también en las más diversas comarcas el arte de la jardinería, que, especialmente en el cultivo de las flores y toda clase de plantas olorosas y colorantes, así como en el de las palmeras y árboles, tomó cada día mayor incremento, favorecida por la creciente sensualidad: pues el musulm, en vez de embriagarse con el vino, cuyo uso estaba restringido en gran manera, hasta en las épocas de mayores excesos, por la legislación religiosa, se embriagaba, como lo había hecho ya su Profeta, con los placeres del amor y la fragancia de los perfumes, y no podía tampoco prescindir en su mesa de las más ricas frutas de toda clase, tanto menos cuanto que el meridional, bajo su cálido clima, es poco aficionado á los manjares sólidos, sobre todo á los de carne.

Así, tanto la ciencia y el arte como los intereses materia-

(1) Sabido es que aun hoy existen muchos restos de tejidos orientales, especialmente en las iglesias y en los conventos, que no podían encontrar telas más suntuosas para cubrir sus altares y para los ropajes de los sacerdotes; no era menos general la fama de que gozaban los tapices de la Persia, y varios nombres de nuestros idiomas europeos, como Atlas (raso), Damasco (tela fina de Damasco), Baldaquin (tejidos de Baldach, así se llamaba en el Occidente á Bagdad), son también testimonio del uso muy extendido que tenían estos tejidos hasta en los extremos confines de Europa.